



editorial**fo**c

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en [www.editorialfoc.me](http://www.editorialfoc.me). Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en [info@editorialfoc.me](mailto:info@editorialfoc.me).

ISBN: 978-84-15634-04-1

© Julio César Toledo, 2012

© Editorial Foc S.L, 2012

Diseño de Cubierta: Alba Ibarz

# La vida a escala

**Julio César Toledo**

## Capicúa

Anita lava la tina, su mamá se lo pidió. Anita suele quedarse sentada en el jardín viendo hacia la colina que hay detrás de su casa. Callada, sin hacer ningún gesto durante horas. Qué buena niña es Ana que siempre pone la mesa cuando su papá está por llegar a comer. Cuando acomoda sus pantuflas después del trabajo. Cuando se viste con la bata de su mamá y se pinta los labios de rojo para complacerlo. Le gusta su nombre porque es igual al de su mamá y sabe que en el fondo es la misma cosa. Como si ella fuera su madre y viceversa.

Anita lava la tina del baño y su papá entra sigiloso y la toma por la cintura y le da un gran beso mientras le dice que es una niña muy buena y que no tiene por qué lavar la tina si es una princesa, y Ana, que lava muy bien, le dice que lo hace porque mamá se lo pidió, porque ella no puede hacerlo ahora. El papá de Anita se enoja y le repite que mamá está muerta, que no existen los fantasmas, que los muertos no hablan y que no quieren la tina limpia sino descansar en paz.

## **Sé que estuvo mal**

Que la mamá de Augusto me llevara a su recamara ese día en que fui a jugar a su casa, me sacó mucho de onda desde el principio. Augusto y yo somos mejores amigos pero nunca me imaginé que acabaría en la habitación de la mamá. Fue de repente. No dijo nada, me tomó de la mano y me jaló por toda la casa hasta el piso de arriba. Al principio opuse un poco de resistencia, por sorpresa, sobre todo. Luego ya no. Aunque el juego era mi prioridad aquella tarde, mi imaginación voló rápido mientras mis pies trataban de seguir el paso apresurado de la señora. Augusto me estaría esperando en el jardín con la pelota. El pasillo de la casa era oscuro y me pareció demasiado largo. Minutos antes del arrebato me había visto hacer pipí porque dejé la puerta del baño abierta. Imaginé lo lógico: ver mi pedazo de carne al aire le había excitado y no pudo contener el deseo, por eso me llevaba ahora hasta su habitación donde me poseería como la mujer que era. Pobre Augusto, eso de que tu mejor amigo tenga amoríos con tu mamá no está chido pero, en esas circunstancias ¿qué podía hacer yo? [...]

## **Lo primero**

Me gusta mucho sentir cómo la piel del asiento del auto se pega en mi espalda cuando sudo. Esa sensación de estar ahí medio adherido a la piel oscura es indescriptible, me excita. Claro, ha de ser porque la primera vez que la sentí (tal vez todas las veces que la he sentido conscientemente) fue cuando estaba con Andre en ese asiento oscuro. Empezó casi como un juego. Unas cosquillas en la cintura para romper el silencio de estar metidos ahí, pellizcos en los muslos, y luego más cuerpo y más risas pero, sobre todo, más cuerpo. Y como estar ahí sentados es cosa de todas las mañanas, pues cada mañana un poco más de juego hasta que, irremediabilmente, ambos descubrimos que entre pellizco y retorcida había roces de manos y otras partes. Accidentales primero, luego intencionales y dirigidos pero ocultos; ahora descaradamente urgentes y placenteros.

Andre es la única razón por la que en las mañanas me apuro a estar listo para ir al colegio. Yo no muero por sus ojos verdes. Antes de nuestro juego me hubiera dado hasta asco pensar de esa forma. Ahora sé que de alguna manera, en algún punto que no nos interesa, me pertenece [...]

## **Volar**

En la pequeña ciudad en que María vivía solía llover, al menos, diez meses al año. Siempre se respiraba un aire húmedo y una especie de melancolía lo envolvía todo a toda hora. Por eso María, que tenía la certeza de no haber nacido para llorar y de que debía buscar ser feliz lejos de esas húmedas calles, quiso aprender a volar para poder sobrepasar las montañas que flanqueaban su ciudad y llegar lejos, a un lugar donde sí saliera el sol. [...]

## **La casa del extranjero**

Ándale, así sí pareces niño bueno, bien vestido. Así sí das el gatazo, rey. Ya verás que esto es más fácil de lo que crees. Normalmente Javier les da sólo la diversión, yo, además, te estoy ofreciendo quinientos pesos, y cada vez que vengas a mis fiestas te doy lo mismo. Ahora que si eres aguzado y ambicioso, y se ve que sí lo eres, te ganas hasta el doble en una sola noche. Y cuándo me da el dinero. Calma, tigre. Primero lo primero, ya luego los negocios. Pero ¿seguro que me va a dar quinientos? Luego no diga que no. Te los doy, seguro que te los doy... abre la puerta, aquí empieza tu trabajo. [...]

## El límite

La adolescencia me llegó como esas lluvias de verano que sin aviso previo, en días soleados, inundan la ciudad, y luego se van, hipócritas, también sin aviso. Esos fueron días de descubrir, porque eso es lo que hace un chico a los quince años. Y mis descubrimientos fueron muchos en esos años, entre ellos estuvo el teatro. Conocí un grupo para jóvenes, me fascinó la idea de poder formar parte de él y me inscribí. Encontré un mundo nuevo bajo el cobijo de la ficción del escenario. Descubrí –al menos así lo pensé en esa época– mi vocación. Por ese tiempo se intensificó mi amistad con un vecino, compañero de juegos de la infancia. Comenzamos a pasar las tardes juntos, platicábamos de nuestras respectivas escuelas –él iba a una de pago y yo a una pública–, de las chicas, de los compañeros imbéciles que molestaban durante los recreos. Nos hicimos más que amigos. Él iba a ver algunos ensayos de mis obras, yo sus juegos de béisbol. A veces, los sábados por la tarde cuando su madre veía a un novio que tenía, subíamos a su terraza y nos acostábamos a imaginar juntos cómo sería nuestra vida de adultos. Él quería vivir en Canadá y tener una familia pelirroja que jugara en el bosque. Yo ser un famoso actor o director, viajando todo el tiempo, pasando los inviernos en su casa de suburbio y recibiendo regalos de mis “sobrinos”: sus hijos. Sobra decir en este punto que ni él ni yo estamos donde aquellas tardes imaginamos. [...]

## **Eat.**

Y éste es el bulevar, aquí andan todos los turistas y las muchachonas de la vida galante. Esas que les gustan a ustedes los viejetes. *Llévime a palas hotel*, a qué gringo tan cagado. Sí, werito, al palas, nomás que te ando paseando para que conozcas. Una mareadita, para que disfrutes el paisaje y no sientas el jalón. Es la ruta panorámica. *Duos di la tarde*, pareces indito más que gringo, mano. Se dice: de la tarde. Espérate, carnal. Todavía falta, es temprano. Mira, te voy a decir la neta porque me caíste bien, te vas a tener que caer con unos dólares porque ando muy corto y mi vieja me está chingando con que hay que pagar la luz. ¡Que te caigas con la lana, gringuito! Con una chingada, no te hagas pendejo. Si bien que me entiendes que te estoy robando, nomás te haces güey para no aflojar. No, no mames. Ya estuvo bueno. Saca todo lo que traes. Ahora por mamón te vas a caer también con la camarita esa, las maletas y la dolariza. Porque yo no soy ningún pendejo. Deja ya de repetir lo que yo digo, se dice pendejo, no pendeuho, güey. Ora, bájate del taxi, te voy a esculcar para ver si no traes lana escondida en los calzones, porque ya sé cómo se las gastan los turistas, andan con el rumor de que México es bien peligroso y de que todos somos rateros, pero eso sí, ahí siguen viniendo a pasar sus vacaciones acá, como les sale todo más barato. Seguro eres de esos cochinos que les gustan los chamaquitos o quién sabe qué otras marihuanadas. *Ondersten*, cállate, ya estuvo bueno, aquí el que habla soy yo. [...]

## **Película de playa**

[...] encontramos sentado sobre el escusado, en calzones y sin camisa, a otro joven. Se agita el cabello rizado y mal peinado, parece que acaba de levantarse. De fondo se escucha la melodía repetitiva de una guitarra eléctrica que apenas se distingue. El muchacho de la regadera pregunta con voz tímida:

–¿Sigues ahí?

A lo que el otro contesta:

–Sí, aquí estoy, estoy cagando.

Vemos que no es cierto, lo dice para justificar su presencia dentro del baño. La música sigue muy baja y apenas perceptible. Otra vez hay silencio en la escena. Unos segundos después el chico de afuera dice algo sobre una fiesta en la playa la noche anterior. Recuerdan y hacen bromas de la infancia. El discreto hilo de agua deja de sonar, el chico despeinado ha prendido un cigarro y fuma. Antes de salir, el chico de adentro dice:

–Salte del baño, ya acabé y necesito vestirme.

–No mames, ¿de cuándo a acá? –el otro contesta.

–Que te salgas, te digo –vuelve a decir.

El chico va a la habitación y sigue fumando recargado en el escritorio. Dentro del baño, el recién bañado se mira al espejo como si decidiera afeitarse o

no. Está desnudo. Acaricia su barba frente al empañado espejo y de cuando en cuando acaricia también su pene. Mientras oye a su compañero seguir con el tema de la fiesta de la noche anterior:

–Todo estuvo increíble, valió la pena haber venido, Carnal. Pero sobre todo por lo que pasó acá. Estuviste increíble, me gustó todo. [...]

## **Contra la evolución**

No me sorprendió que Ramiro matara a esas personas esa tarde en ese restaurante. Yo soy ante todo un pacifista pero en algún punto puedo darle la razón. La culpa no es nomás suya, lo sé porque frecuentamos el mismo restaurante. Es también, digamos, del sistema. Primero la administración puso como cajero a un chango. Sí, a un mono. Yo no sé de especies ni razas, pero era un chango, un mono, un simio, o como se diga. Ramiro se quejó, le pareció hilarante la medida pero los demás no dijimos nada y al cabo de los días sus quejas cesaron. La cosa se calmó hasta que, luego de un tiempo, fue un mesero, y luego otro. Para finales del mes ya había cinco changos trabajando ahí. Y sí, era incómodo y molesto, pero nos aguantamos. [...]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en

[www.editorialfoc.me](http://www.editorialfoc.me)